

JUAN M. DURÁN RELATA SU AVENTURA REVOLUCIONARIA

30 DÍAS DE CAMPAÑA CON LA COLUMNA DE RODOLFO FIERRO

EMOCIONANTE NARRACIÓN DE JUAN M. DURÁN
Un ex miembro del Estado Mayor del Gral. González Garza,
relata las terribles jornadas del histórico año de 1915

EL ÉXODO DEL VILLISMO
De la capital de la República hacia el norte, siempre hacia el norte,
procurando salvar lo único que les quedaba: la vida

LOS OBSTÁCULOS CON QUE EL JEFE DE LA COLUMNA TROPEZÓ
EN LA LUCHA CONTRA LOS CARRANCISTAS
El hecho de que algunos generales zapatistas se negaran a obedecer sin discusión
sus órdenes, hizo que la expedición no alcanzara el éxito deseado

Un emocionante relato histórico, amenísimo, y presentado con toda su terrible realidad, ha sido hecho a los *Periódicos Lozano* por uno de los miembros del Estado Mayor del general Roque González Garza, que militó en la colum-

El convencionismo

na que el ex presidente de la República organizó a su salida de la Ciudad de México, el 18 de junio de 1915, primero con la intención de defender la plaza contra las tropas carrancistas al mando del general González, y que encabezó después para buscar salidas al norte del país.

Este interesantísimo relato histórico ha sido hecho a los *Periódicos Lozano* por don Juan M. Durán, quien actualmente es uno de los más prominentes periodistas de la capital de la República, y uno de los más altos exponentes de la intelectualidad mexicana.

Durán conserva su diario de campaña, desde el día en que, haraposos y hambrientos, llegaron a Torreón. Y de ese diario de campaña han sido tomados los datos esenciales para esta narración, completada con los detalles verbales que ha aportado el relator.

Este primer capítulo narra el principio del éxodo hacia el norte, cuando la columna encabezada por González Garza e integrada por fuerzas de los generales Banderas y Casarín, operaba en combinación con las tropas zapatistas de Genovevo de la O y otros jefes surianos. En los capítulos sucesivos adentra en la narración hasta la llegada de la columna hasta Tula, Hidalgo, donde las fuerzas del ex presidente quedaron engrosadas con las columnas de los famosos generales villistas Rodolfo Fierro y Canuto Reyes, que marchaban, de huida también, en ruta al norte, combatiendo valientemente con las tropas carrancistas que les pisaban los talones.

CAPÍTULO I

Las fuerzas constitucionalistas a las órdenes del general Pablo González estaban a las puertas de la Ciudad de México, donde se encontraba establecido el gobierno de la Convención. Era el 18 de junio de 1915.

La capital, vigilada desde sus afueras por las tropas zapatistas, se sentía confiada. En la presidencia despachaba el licenciado Francisco Lagos Cházaro; en los ministerios seguía el trabajo rutinario; en la Convención se daban los últimos toques al programa político y social del gobierno convencionista. Sin embargo, las avanzadas constitucionalistas llegaban a la Tlaxpana.

Cerca del mediodía del 18, un informe del encargado del Poder Ejecutivo ante la Convención, anunciaba el peligro. Los conferencistas se pusieron en pie para anunciar su resolución de continuar sus trabajos hasta el último

José C. Valadés

momento, mientras que el general Roque González Garza, a petición del presidente de la República, salía del recinto donde se reunía la asamblea para montar a caballo y ponerse al frente de las tropas.

TRES NOVELES EN LAS BATALLAS

Dos horas después, ante la residencia de González Garza en la colonia Roma, se encontraban cien hombres montados, esperando órdenes: era la escolta del general en jefe. Varios oficiales corrían de un lado a otro distribuyendo las primeras órdenes. Algunos civiles esperaban pacientemente, dispuestos a marchar al combate.

Cuando la pequeña columna estaba a punto de partir, llegaron cuatro hombres montados; eran también civiles. Uno desempeñaba el cargo de jefe de artillería del Ministerio de la Guerra; el otro, jefe de sección; el tercero, de oficial primero; el cuarto era un asistente. Adrián J. Lajous, Juan Durán y José Gallegos, amigos de González Garza, se disponían a marchar a la aventura; por vez primera salían a conocer los campos de batalla: a escuchar el zumbido de las balas, a sentir los peligros de una campaña, a ver indiferentemente a los heridos, y a brincar sobre los cadáveres.

El general en jefe los comisionó en su Estado Mayor con los grados de coronel, teniente coronel y mayor, según había sido el empleo que ocupaban en el Ministerio de la Guerra.

¡EN MARCHA!

Y el trío no bien acababa de recibir esta primera orden militar, cuando la columna se puso en marcha.

González Garza vestía guerrera y pantalón de kaki, llevaba sombrero texano gris perla, adornado con una toquilla de cerda, y montaba una preciosa yegua colorada, ensillada con montura de lujo. Se puso al frente de los cien hombres, acompañado de su Estado Mayor, y empezó la marcha. Los jinetes iban de cuatro en fondo.

La columna tomó por el Paseo de la Reforma hasta la calzada de la Verónica, de donde siguió hasta el pueblo de Tacuba.

El convencionismo

Durán se dio cuenta de que faltaba el asistente y, volviendo grupas, regresó al punto de partida. El asistente, que llevaba a su cuidado el equipaje de los tres civiles, había desaparecido. Perdida la esperanza de hallarlo, volvió al lado de sus amigos, informándoles de lo ocurrido y comentando con tristeza:

—*¡El pillo se fue con el equipaje! ¡Mal pinta la aventura!*

Sus compañeros sonrieron. Así era la guerra.

LA PROXIMIDAD DEL PELIGRO

Siguió avanzando la primera columna. Pasó el pueblo de Tacuba; llegó a San Bartolo Naucalpan, luego un alto: empezaba la lucha. De vez en cuando se escuchaba el estampido de los cañonazos. Después, aunque muy lejano, el estruendo de la fusilería. Para quien jamás ha estado en un campo de batalla, el aviso de la proximidad del peligro se torna en una realidad cruel; se piensa, entonces, en la vida; en los que se deja; en la posibilidad de verse de un momento a otro cubierto de sangre; abandonado a la mitad del campo...

Durante el alto, el general González Garza fue informado que los zapatistas había hecho retroceder a los constitucionalistas hasta el romerío de Santa Mónica y hacia el túnel de Barrientos, sobre la vía del ferrocarril nacional.

En San Bartolo esperaba el general en jefe al general Joaquín V. Casarín, quien tenía a su cargo las brigadas “Convención” y “González Garza”.

Después de escuchar los primeros informes, González Garza ordenó el avance hacia la línea de fuego. La columna, ya reforzada, cruzó el pueblo. El general en jefe, seguido de su Estado Mayor, se adelantó hasta un romerío, donde con los gemelos pudo alcanzar todo el campo de batalla, donde se seguía combatiendo. Envió a varios oficiales a recorrer las líneas, y como ya caía el día, dispuso que se pernoctara en San Bartolo, indicando a Durán que marchara al pueblo en busca de alojamiento y de cena.

TERRIBLE IMPRESIÓN

Fue fácil para Durán encontrar alojamiento; pero, en cambio, los alimentos escaseaban. Recorrió San Bartolo, hasta que una anciana pudo proporcionarle lo que le pedía. El oficial se iba a retirar, satisfecho, cuando la mujer le

indicó que en un cuarto contiguo al que ella habitaba se encontraban varios heridos. Asomose el oficial al cuarto: tirados en el suelo estaban cuatro o cinco soldados. Uno de ellos se quejaba amargamente.

—*¿Qué tiene amigo?* —le preguntó Durán.

El hombre levantó los brazos: de las muñecas le colgaban, apenas sostenidas por unos hilos de carne, las dos manos. Hizo un esfuerzo por incorporarse. Pero lanzando un grito, se desplomó; le había salido un borbotón de sangre. Duran se aproximó a auxiliarlo. Tropezó con otro hombre. Estaba cubierto de sangre y de lodo.

—*¿Qué tiene usted?* —le preguntó, condolido.

Se acercó a él; le tocó con la mano. Estaba muerto. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y en sus labios se dibujaba una mucca terrible.

El oficial retrocedió; en el fondo del cuarto; otro se quejaba. Salió corriendo, fue a dar aviso a la ambulancia, entregó los alimentos que había conseguido al general en jefe y, sin comunicar a sus amigos la primera impresión que había recibido, se refugió en un rincón elegido para dormitorio de los oficiales del Estado Mayor y por horas enteras no pudo conciliar el sueño: el muerto, y luego las manos tiesas y pendientes de las muñecas desgarradas, pasaban una y muchas veces ante sus ojos.

UN NUEVO DÍA

Pero cuando en la madrugada, al toque de diana, el oficial se puso en pie, se sintió aliviado: era un nuevo día; día tibio, acariciador, silencioso; no parecía estar en campaña; aquello parecía una camaradería en horas de asueto.

Junto con sus amigos, salió en busca de forraje para su caballo, ensilló, y momentos después se presentó al general en jefe, quien discutía con sus lugartenientes el plan de campaña. No era necesaria su presencia y se dispuso aprovechar el descanso para buscar alimento.

Durante la búsqueda, tropezó con un amigo, “el Güero” Fernández, teniente de la brigada “Convención”. Entusiasmado con el triunfo obtenido el día anterior sobre los carrancistas y, lleno de satisfacción, Fernández le contó cómo los constitucionalistas que habían llegado hasta las puertas de la ciudad de México, habían sido derrotados en un combate entre Tlalnepantla y Azcapotzalco, gracias a un hábil movimiento de las fuerzas del general Casarín.

El convencionismo

Impresionado por el optimismo del teniente Fernández, Durán corrió a comunicar las nuevas a sus amigos, a quienes encontró desesperados por no poder obtener en todo el pueblo ni una taza de café, ofreciéndoles recorrer con ellos todos los contornos de San Bartolo, hasta que al fin dieron con un guajolote y un marranito. El momento de un banquete se aproximaba, sólo que los nuevos oficiales no sabían cómo preparar el manjar que ya empezaban a saborear. Por fin, mientras que Durán se resolvió a torcer el pescuezo del guajolote, Gallegos empezó una batida contra el cochino al que sólo pudo arrancarle la vida después de numerosas puñaladas. La primera parte estaba terminada e iniciaban la segunda, cuando los oficiales tenían que suspender la tarea, muy a su pesar, al ser advertidos que el general en jefe se ponía en marcha para dirigir la ofensiva sobre los carrancistas.

Los tres amigos montaron a caballo. El puerco, ya destazado, había quedado en el suelo, sólo el guajolote iba colgado de la cabeza de la silla de Durán, y emprendieron el galope el camino hacia una loma cercana donde se encontraba González Garza.

COMBATE DE LARGA DURACIÓN

Cuando los oficiales llegaron a la loma, el general en jefe se sestaba a la sombra de un mezquite; pero luego se puso en pie y, montando a caballo, partió a la hacienda de Santa Mónica, seguido de sus ayudantes. En la hacienda estaba un grupo de zapatistas, al cual González Garza excitó para que se uniera al grueso de la columna de ataque sobre las lomas al norte de Santa Mónica. Poco después, llegaron las fuerzas de la brigada “Convención”, y el Cuerpo de Ferrocarrileros. El general en jefe las revisó, dando órdenes para que avanzara sobre las posiciones carrancistas, inmediatamente.

La columna de ataque fue organizada en unos cuantos minutos y los infantes iniciaron el avance entre el magueyal que cubría el terreno. No se habían perdido la vista los soldados convencionistas, cuando empezó el tiroteo, primero débil, luego nutrido. La batalla empezaba.

González Garza echó pie tierra, subió a un promontorio desde donde podía dominar todo el campo, y advirtió los civiles que se retiraran de ahí para evitar los heridos, pero los civiles, montados a caballo y al lado de los militares, permanecieron en los mismos lugares. Las balas pasaban sin bando

José C. Valadés

sobre las cabezas del grupo que rodeaba a González Garza, quien, impasible, seguía observando con sus gemelos. El fuego de fusilería era cerrado. Los convencionistas seguían avanzando entre los magueyes, aunque lentamente. Un tubo lanzabombas fue colocado a unos cuantos pasos del general en jefe; pero fue retirado después de varios disparos al verse que no causaba efecto alguno al enemigo.

Varias horas duró el combate, lográndose quitar a los carrancistas una de las lomas en las cuales se encontraban atrincherados y en la cual el general en jefe estableció minutos después su observatorio, pero que abandonó también para animar a sus soldados, que seguían obteniendo progresos.

La línea carrancista fue, al fin, destrozada, y grupos dispersos de soldados enemigos corrían en todas direcciones. González Garza fue advertido de que como veinte infantes constitucionalistas trataban de acercarse en su fuga al casco de la hacienda, por lo que ordenó a Durán y a diez más de sus hombres que salieran a perseguirlos y capturarlos.

EL PRIMER ENCUENTRO FRENTE A FRENTE

Por fin, los nuevos oficiales de González Garza iban a entendérselas con el enemigo. Durán tomó su carabina, y haciendo un rápido examen de su condición moral, llegó a la conclusión de que no tenía miedo.

Los perseguidores, a caballo, avanzaban poco a poco, hurgando el horizonte, y, sobre todo, los magueyes tras de los cuales podrían ver brotar de un momento a otro a los veinte carrancistas. A cada paso, Durán de hacía cargo de la procesión que sería más conveniente para iniciar el ataque.

De pronto, los perseguidores se detuvieron. Frente a ellos y a unos cuantos metros de distancia se encontraba un jacal aparentemente abandonado. Alguien, sin embargo, notó un movimiento sospechoso: todos supieron que ahí se encontraban los carrancistas. Se dividieron en dos grupos para atacar por los flancos, simultáneamente. Los grupos avanzaron sobre la posible fortaleza de los fugitivos. De pronto se escuchó un tiro y se vio cómo un hombre se desplomaba en la puerta del jacal. Era el único carrancista que ahí se refugiaba y había caído sin vida.

El convencionismo

CONTINÚA EL AVANCE

Los oficiales se reunieron con el general en jefe, quien al frente de su escolta ordenó el regreso a Tlalnepantla, donde se detuvo una hora para conferenciar con algunos jefes militares. Siguió hasta Azcapotzalco, donde junto con los miembros de su Estado Mayor se alojó en un mesón oscuro y desaseado.

Al siguiente día (20 de junio) y dejando establecido su cuartel general en Azcapotzalco, González Garza fue a la Ciudad de México en automóvil para informar al encargado del Poder Ejecutivo de las operaciones realizadas. Regresó cerca del mediodía, siguiendo inmediatamente hacia Tlalnepantla, donde después de una breve conferencia con algunos zapatistas, siguió a Atizapán. Ahí fue informado de que una avanzada carrancista se encontraba en la hacienda de San Mateo. Comisionó al doctor José Morales para que, al frente de un grupo de jinetes, hiciera una exploración hacia la hacienda. El doctor se alejó al galope; minutos después se escuchó un tiroteo. Regresó al cabo de media hora, con dos prisioneros, e informando al general en jefe que el enemigo, apenas había sentido su proximidad, se había retirado de San Mateo, pudiendo solamente capturar a dos rezagados, uno de los cuales portaba una bandera que decía: "Ejército Constitucionalista. Primera División de Oriente. ¡Viva Carranza!".

González Garza interrogó a los prisioneros. Eran dos muchachos feos, cubiertos de tierra hasta la cabeza y mal olientes. Confesaron ser carrancistas, pero dijeron ignorar por qué peleaban en las filas del general González. Sólo sabían que eran soldados; que peleaban contra los zapatistas y que les pagaban su haber puntualmente. Aseguraron que su única gracia era ser fieles a sus jefes y que si se les daba de alta en las filas convencionistas, pelearían con el mismo entusiasmo que habían peleado en las carrancistas. El general en jefe aceptó sus servicios. ¡Grandes pruebas de valor y de lealtad habían de dar más tarde aquellos muchachos durante la campaña contra el partido al que primero habían servido!

ALIMENTADOS CON AGUAMIEL

Ordenó el general en jefe nuevas exploraciones y al entrar la noche, quiso que se permaneciera a campo raso: el enemigo estaba a una legua de distancia.

Tan luego como llegaran nuevas fuerzas de la Ciudad de México, se iniciaría una nueva ofensiva. En las primeras horas del 21, todos estaban de pie. No había provisiones, pero desde el general en jefe hasta el último soldado de su escolta se conformaron con beber aguamiel.

Varios oficiales fueron enviados con órdenes a las columnas de avance y a las diez de la mañana, el general González Garza montó a caballo y, seguido de sus ayudantes, subió hasta la meseta de un cerro, del que se encontraban posesionados los zapatistas. ¡Qué espectáculo ante la vista de todos! Formando una línea de veinte kilómetros de extensión, se veían los grupos de soldados convencionistas –villistas y zapatistas– esperando la orden de ataque. Al frente, y en cadena sobre los cerros y lomas, se veía al enemigo. Un hermoso valle separaba a los ejércitos contendientes. Reinaba silencio, preludio de tempestad. La posición, aparentemente inexpugnable de los carrancistas, se encontraba sobre la derecha: era el cerro de Don, por un lado, y por el otro Las Tetillas. Entre uno y otro cerro estaba el túnel de Barrientos a cuya entrada podía verse un convoy abandonado.

El general en jefe observaba atentamente con sus gemelos aquella posición, su objetivo del día. De vez en cuando suspendía la observación para volver sus gemelos hacia atrás; hacia el camino por donde habían de llegar las brigadas a las órdenes de los generales Juan M. Banderas y Casarín. Al fin, descubrió una nube de polvo hacia el camino y un poco después un grupo de infantes, dirigiéndose a Durán, le preguntó:

—*¿Tiene usted buen caballo?*

—*Sí, mi general.*

—*¿Ve usted ese camino que sale con rumbo a Tlalnepantla, por donde empieza a aparecer gente a pie?*

—*Sí, mi general.*

—*Bueno, pues debe ser la gente de Casarín, que ya debía estar aquí. Vaya a encontrarlo y dígale que se posea de esa loma larga* —agregó el general, señalando una loma que se extendía al frente y que se levantaba al lado de la vía férrea— *y que se lance al ataque por ese lado, para que simultáneamente abran el fuego los ferrocarrileros y mi escolta, que cubren el centro y la extrema izquierda de nuestra línea. ¿Se ha hecho usted cargo de la situación?*

—*Sí, mi general.*

—*Pues apírele!* —ordenó el general en jefe, añadiendo:— *Ah, y si se encuentra con algún jefe zapatista, dígale que aprieten por el centro que yo voy a empezar*

El convencionismo

el avance; que la contraseña es las dos mangas levantadas hasta el codo. No se olvide también hacer esta advertencia al general Casarín, para que no nos confundamos. ¡Ándele!

EL CUMPLIMIENTO DE LAS ÓRDENES

Durán lanzó su caballo cuesta abajo. Al llegar a un pequeño rancho en el plan, se encontró con un grupo de zapatistas a cuyo jefe puso al corriente de la orden del general González Garza, siguiendo a todo correr por el camino hasta encontrarse con la avanzada de la infantería, que no era la de Casarín, sino la del general zapatista Fuentes. Impuso a Fuentes de la disposición del general en jefe; pero el general zapatista, después de manifestar que no había visto a las fuerzas de Casarín, contestó que había recibido órdenes del general Genovevo de la O para entrar al combate por la derecha de la loma señalada por González Garza.

El oficial siguió por el camino con la esperanza de hallar a Casarín, pero sin haber encontrado ninguna noticia, volvió al lugar donde se encontraba el jefe. Cuando regresó al cuartel general, González Garza arengaba a sus tropas que, ya en línea de batalla, se disponían al avance sobre las posiciones del enemigo. Cuando el general en jefe terminó de recorrer la línea, sus soldados de levantaron las mangas hasta el codo y avanzaron. En esos momentos se escuchó el estampido de varias bocas de fuego. Era que el general Genovevo de la O iniciaba también el ataque por el rumbo de Tlalnepantla.

González Garza, clavado en la parte más alta de una loma, veía el avance de sus infantes que, minutos más tarde, empezaron a ascender sobre una de las posiciones carrancistas, quienes después de cambiar algunos tiros, empezaron la defensa, haciendo estallar su fusilería, sus ametralladoras y un cañón que habían montado sobre una carretilla en la vía férrea.

El combate se había generalizado: González Garza se volvió a Durán, ordenándole:

—Mire, Durán, monte, vaya a esa loma de enfrente y dígale al jefe que manda esa gente que avance; que estamos ganando terreno y que es el momento que entren parejos... Luego se me incorpora en aquella otra loma —agregó el general, señalando una pequeña altura en donde en esos momentos el combate era más cerrado.

SIEMPRE GENOVEVO

Partió el oficial a cumplir con la comisión. Llegó a la loma indicada por el general, pudiendo ver cómo detrás de una cerca de piedra se encontraban numerosos zapatistas tendidos en el suelo y platicando animadamente, pareciendo ajenos a la lucha.

Preguntó Durán por el jefe, y un hombre, bajo de estatura, sin sombrero, de cara cuadrada y cubierto pecho y cintura de cananas:

—*Ese soy yo; pero antes que todo, bájese del caballito porque se lo clarean. ¿No ve que nos han estado cañoneado muy duro?*

Durán echó pie a tierra, comunicando al jefe la orden de González Garza.

—*Dígale a su jefe* —contestó el zapatista, después de conocer la orden— que no puedo avanzar, porque Genovevo me dijo que me estuviera aquí, tapando este paso a los carrancistas, por si corren...

Durán insistió. El zapatista confirmó que no se movería sin órdenes del general De la O.

El oficial volvió a montar; bajó la loma y llegó al valle. ¿Qué hacer en esos momentos? A dos kilómetros de distancia se peleaba con ardor; numerosos soldados pasaban cargando a los heridos; en la loma indicada como punto de reunión por González Garza se combatía con furia. Todo daba vueltas alrededor del oficial que por vez primera asistía a una acción formal de guerra. ¿Debía cumplir con la orden del general en jefe y marchar a la loma donde el combate era más rudo? Si no marchaba, ¿no se tomaría su actitud como miedo? “No, miedo no lo siento”, se dijo el oficial, y apretándose sobre su caballo, se lanzó a la línea de fuego.

Llegó hasta una calzada de árboles, tras de los cuales se encontraban parados numerosos zapatistas.

—*¡Quítese, amigo, porque se lo echan!* —le gritaron varios zapatistas.

Durán se retiró imprudentemente. En esos momentos estallaba una granada. Cruzó la calzada y siguió hacia el lomerío. Tres oficiales del Estado Mayor de González Garza, entre los cuales se contaba el jefe del Estado Mayor, teniente coronel Francisco González y González, quien herido en un hombro se retiraba de la línea de fuego, le hicieron saber que el jefe estaba en la parte más alta, después de haber arrebatado la posición a los carrancistas.

El convencionismo

EL FIN DE LA JORNADA

Cuando Durán llegó a la cima de la loma, el general en jefe observaba con sus gemelos. Le informó del resultado de su comisión. González Garza parecía distraído, pero al fin, sonriendo, contestó:

—*Está bien, Durán. Estamos ganando, amigo. Ya viene por ahí Banderas* —agregó, señalando a la izquierda y un poco a la retaguardia— *y los vamos a agarrar por detrás si se descuidan, no les queda más que ese cerro...*

Y en efecto, el último reducto de los carrancistas era el cerro de Don, cubierto de trincheras desde el pie hasta la parte más alta.

No había terminado de hablar el general cuando una lluvia de balas cayó a sus pies.

—*Ya nos vieron...* —comentó alegremente González Garza.

Las balas silbaban sobre el general y los miembros de su Estado Mayor. Alguien hizo ver al jefe la necesidad de que se retirara de un puesto tan peligroso, pero no contestó; las balas seguían tocando la loma. González Garza, con admirable y tranquilidad, seguía buscando el punto débil de la posición enemiga. Pero la situación se complicó. Un grupo de jinetes había llegado al pie de la loma e inició un tiroteo sobre el general en jefe.

—*Vaya usted y diga a esos amigos que guarden sus cartuchos para el enemigo* —ordenó el general a uno de sus oficiales, al comprender que los jinetes, vanguardia de la gente de Banderas, creían habérselas con los carrancistas.

El oficial partió al galope y el tiroteo de los jinetes cesó. Minutos después apareció el grupo de la columna del general Banderas.

El general en jefe abandonó su punto de observación y acercándose al refuerzo, arengó a los soldados, que en línea de tiradores avanzaron valientemente sobre el cerro de Don, haciendo un movimiento sobre la retaguardia carrancista.

El combate empezó con nuevo ardor. Los convencionistas, a cuyo frente iba Banderas, iniciaron el ascenso sobre el cerro. Eran las cinco de la tarde; empezaba a llover; el fuego de fusilería no cesaba. González Garza recorrió la línea del centro, dio nuevas órdenes a sus lugartenientes, y cuando había oscurecido se retiró seguido de sus ayudantes, a Atizapán. La jornada del día 21 de junio había terminado.

TRIUNFO COMPLETO

En la madrugada del día 22 y cuando abandonaba Atizapán para desarrollar la última fase de la batalla, un ayudante del general Banderas informó al general en jefe que los carrancistas, al amparo de la noche, habían abandonado el cerro de Don, retirándose hasta Huehuetoca. El triunfo de los convencionistas había sido completo.

González Garza ordenó que sus fuerzas avanzaran a lo largo de las vías del Central y Nacional.

A las diez de la mañana, el general González Garza establecía su cuartel general en la hacienda de Lechería, donde el administrador, José Casanova, le informó que los carrancistas al mando de los generales Agustín Millán y Juan Machuca se habían retirado en sus trenes hacia Huehuetoca y Tula, llevándose sus heridos y muertos. La retaguardia de caballería había pasado por Lechería a las tres de la mañana.

El general González Garza rindió su parte al encargado del Poder Ejecutivo, diciendo en un párrafo: “El comportamiento de los jefes, oficiales y tropa fue, en general, digno hasta el extremo, habiéndose distinguido por su valor y arrojo el general Casarín, los coroneles Zeferino Moreno y Ángel Meraz, los tenientes coroneles Francisco González y González y Juan M. Durán, los mayores Agustín Zárate y José Gallegos”. Y luego encomiaba la actitud de alguno de sus acompañantes: del general Cerisola, y el licenciado Genaro Palacios Moreno.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 25 de diciembre de 1932, año vi, núm. 101, pp. 1-2.